

MISA CRISMAL

Catedral de La Habana, 21 de marzo de 1997

Queridos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas:

Según la profecía de Isaías que hemos escuchado, todos nosotros, obispos, presbíteros y laicos que formamos el pueblo de Dios, la Iglesia, debemos ser llamados «sacerdotes del Señor», «ministros de nuestro Dios». El anuncio de un pueblo en el cual todos sus miembros serían sacerdotes por su cercanía a lo sagrado, por su intimidad con Dios en la ofrenda al Señor de la alabanza que Él solo merece, es un tema que se repite varias veces en el Antiguo Testamento. Toda la asamblea de Israel llegaría un día a ser pueblo sacerdotal.

En la Antigua Alianza, el sacerdote entraba algunas veces en el santuario él solo «detrás de la cortina» y presentaba allí la ofrenda del culto a Dios en nombre del pueblo que permanecía fuera del lugar santo, al cual nunca podía entrar.

La posibilidad de acceder a lo sagrado de forma inmediata estaría dada por la venida del Mesías; Él transformaría la vida de los hombres, cambiaría «su abatimiento en corona» y su «traje de luto en perfume de fiesta». El Mesías prepararía los corazones del pueblo fiel para un culto gozoso de alabanza en un tiempo nuevo que quedaría inaugurado por su venida y al que el profeta llama «año de gracia del Señor».

El relato evangélico nos dice que Jesús entró en la sinagoga de Nazaret, donde se había criado y el mismo que era conocido como el hijo de María, de quien todos pensaban que José era su padre, desplegó el rollo profético de Isaías donde está escrito el anuncio mesiánico que acabamos de oír y lo hizo suyo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado... a dar una noticia buena a los pobres, la libertad a los oprimidos, a anunciar el año de gracia del Señor».

Enrolló el texto sagrado y proclamó serena y solemnemente lo que nosotros ya sabemos por nuestra fe: «hoy se cumple esta Escritura que acaban de oír».

El hoy de Dios había hecho irrupción en la historia de la humanidad caída y necesitada de redención, envuelta en una sucesión de hechos donde, en terrible paradoja, se mezclan siempre el bien y el mal: la guerra y la paz, el progreso y la opresión, la justicia y la intolerancia. No es de extrañar que las mentes sientan confusión y que los corazones se dejen arrastrar por la decepción y aun por el odio.

Pero a los ciegos, incapaces de ver cuál es la verdad, a los pobres, postrados en la desesperanza y el temor, a los oprimidos por cualquiera de las miserias o violencias que padece la humanidad actual, Jesucristo no cesa de repetirles: «Hoy se cumple lo que acaban de oír». Mi buena noticia es verdad, libertad y esperanza.

Solo que Jesús de Nazaret puede hablar en ese presente perenne, porque «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre», y su anuncio no es el de un maestro, ni el de un filósofo o fundador de alguna ideología. Solo Él podía leer con propiedad en primera persona el texto sagrado de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí: Me ha enviado».

Jesucristo es el enviado de Dios y actuará siempre como un enviado. Su vida entera es la de alguien que está configurado por su misión, que no tiene otro propósito que cumplirla. Cuando sus coterráneos lo interrogan acerca de su condición y su persona, para saber si él es el Mesías, responderá: «vean mis obras: los ciegos ven, los paralíticos andan y a los pobres se les anuncia una buena noticia...». Sus respuestas son los hechos que debían identificar al enviado de Dios, según lo anunciaban los profetas.

Jesús no realizaba su misión solitariamente. El Enviado de Dios, el hijo eterno del Padre que asumió nuestra pobre condición humana, llamó hacia sí a otros. Pronto lo seguirían un grupo de hombres, a quienes él consideró no solo como receptores de Su misión mesiánica, sino a quienes hizo también partícipes de la misma: «Los envió de dos en dos a todos los lugares a donde Él iría después» y los preparó para esa misión: «Cuando lleguen a una casa digan: Paz a esta casa, si hay en ella gente de paz recibirán la paz que ustedes llevan, si no, volverá a ustedes mismos».

Quedaban delineados así los contornos del nuevo pueblo de Dios que nacería en las aguas bautismales «no de la carne, ni de la sangre, ni de querer de hombre», sino de la entrega y la fidelidad a Jesucristo, Hijo de Dios. La presencia ante Dios en el culto de alabanza no sería ya más la del sumo sacerdote, separado por una cortina del resto del pueblo; sino la cercanía de amistad con Jesucristo («ustedes son mis amigos»), que nos llama a un lugar tranquilo para orar, que toca nuestros ojos y oídos y los abre a la comprensión de la verdad, que parte para nosotros el pan, que es su cuerpo, y nos da a beber el vino, transformado en su sangre; pero que nos asocia además a su misma misión.

Él nos convoca en su Iglesia para que también hoy, a través de nosotros, se cumpla la Escritura que acabamos de oír y los pobres sean evangelizados y todos puedan ver la salvación de Dios, porque la palabra de Jesús, que es eficaz y se cumple sin falta, no tuvo solo un valor histórico para su época y su entorno, sino que permanece siempre, como Él mismo permanece a la derecha del Padre: «Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo».

El Mesías restaurará así en dignidad al ser humano: dando una buena noticia a los pobres, a quienes sufren. Noticia que hará descubrir un valor nuevo al sufrimiento, sacándolo del círculo estrecho del castigo y de la esterilidad, que lo hacen intolerable; aliviará además los corazones desgarrados: el texto profético dice vendar, no sanar. Se vendan las llagas incurables para mitigar sus molestias, para evitar que empeoren. En la acción de vendar las heridas hay mucho del amor de quien las venda.

La amnistía de los cautivos y la libertad de los prisioneros parecen soluciones muy similares para remediar la falta de libertad. Aunque prisionero es más bien el que está tras las rejas, mientras que cautivos podemos ser todos: del vicio, de la mediocridad, del odio, del pecado. Esta restitución de la libertad viene dada como gracia; esa es siempre la característica propia de la amnistía, que significa olvido. No importa la consideración que hagamos sobre los delitos cometidos, en la amnistía está siempre el perdón del que sufre la condena, sin emitir juicio alguno sobre la culpabilidad del que está privado de libertad. Es un gesto generoso de quien puede hacer también uso de su poder para perdonar y olvidar.

El Papa Juan Pablo II pide gestos de este género a los gobiernos del mundo al acercarse el tercer milenio de la era cristiana. El jubileo del año 2000 debe ser un tiempo de gracia del Señor y ha de manifestarse en cada pueblo o nación por medio

de la reconciliación, la amnistía y todas las acciones que sirvan para vendar corazones desgarrados y para consolar a tantos afligidos.

En el plano de las relaciones entre los pueblos, el Papa Juan Pablo II reclama que se cancele la deuda internacional que pesa sobre los países pobres y en vía de desarrollo; deuda que ha sido pagada ya por algunos países dos o tres veces, al caer en ese círculo asfixiante que añade intereses a intereses y no permite a gran parte de la humanidad salir de la miseria.

El año 2000, para que pueda ser celebrado como una fiesta, sin abatimientos, sin traje de luto y con cánticos de alabanza, debe hallar a una humanidad dispuesta a la paz y a la reconciliación, a la amnistía y al perdón. Porque es casi imposible celebrar los dos mil años del nacimiento de Jesucristo, «el testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra, el que nos amó y nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre», si no aceptamos como humanidad, el desafío del amor, ante el cual nos colocó, a su paso por la tierra, Jesús de Nazaret. Esto es también verdad para la Iglesia en Cuba y para todo nuestro pueblo.

Con este especial mensaje y como enviado de Dios nos visitará el Papa Juan Pablo II dentro de diez meses. Todos en la Iglesia, cuando somos portadores del mensaje de amor y de paz que Jesús nos ha entregado, actuamos como enviados del Señor, pero más que ningún otro cristiano, el Papa, a quien Cristo Jesús le ha confiado la misión de guiar, como pastor universal, a su Iglesia.

A fines de este siglo, a las puertas del inicio del tercer milenio, el Santo Padre vendrá a Cuba como Mensajero de la Verdad y la Esperanza. El Papa traerá a los cubanos la Buena Noticia de Jesucristo. Su anuncio no será otro que aquel que Jesús proclamó a su pueblo, la verdad sobre Dios y sobre el hombre, sobre la Iglesia y su misión, el perdón y la reconciliación entre los cubanos y la paz para Cuba en el concierto de las naciones del mundo. Los efectos de sus palabras y de su presencia serán los mismos que produce siempre el amor cristiano: la transformación de los corazones. Esto hará que todos seamos un poco mejores después de su visita.

Para preparar el tercer milenio de la era cristiana y la visita del Papa Juan Pablo II, la Iglesia Católica en Cuba ha iniciado una misión que intenta dar a conocer a Jesucristo a nuestros hermanos, bautizados en su mayoría, pero desconocedores de la persona y de las enseñanzas de Jesús. Casi todas las comunidades parroquiales u otras han comenzado a distribuir el Evangelio de San Marcos, acompañándolo con un anuncio sencillo y claro del amor que Dios nos ha manifestado al enviarnos a su Hijo Jesucristo.

Muchos de ustedes han comprobado cómo son recibidos los católicos con simpatía y gratitud en casi todas partes y cómo se enriquecen los misioneros y toda la comunidad, al sentir que están viviendo el mandato que Jesús ha dado a todos sus discípulos: «vayan por el mundo entero y proclamen el Evangelio».

Si el antiguo profeta miraba hacia una realidad futura al anunciar la salvación a su pueblo, lo hacía sin conocer sus contornos precisos; nosotros, al llevar el mensaje a nuestros hermanos, les presentamos al Cristo de la resurrección y de la vida, que entró para siempre en nuestra historia.

Queridos sacerdotes: si todo el pueblo de Dios, por participar de la misión que el Padre confió a su Hijo y de la cual Jesús hace partícipe a su Iglesia, es pueblo

sacerdotal; si todos al verlos a ustedes, cristianos, entregados de diversos modos a la única misión de la Iglesia, «dirán de ustedes que son enviados de nuestro Dios», si a la misión de la Iglesia de llevar a Cristo al mundo están llamados por igual laicos y sacerdotes; a ustedes, queridos sacerdotes, Jesús los llamó a sí de manera especial y en la misión de la Iglesia los compromete y sostiene de un modo superior y admirable.

Jesús multiplicó el pan para la multitud y anunció a los que quisieron escucharlo que Él era el «pan vivo bajado del cielo». Pero cuando todos se fueron porque no comprendían «cómo puede ese darnos a comer su carne», solo quedó con el Señor un grupo reducido, de algunos que no comprendían mucho más, pero que sabían que, si dejaban a Jesús, ¿adónde irían?

Esos somos ustedes y yo. No mejores, pero sí misteriosamente llamados por Cristo y adheridos a Él y a su palabra. Siéntanse de ese grupo y vayamos ahora, queridos sacerdotes, ustedes y yo, sin comprender muchas cosas, cansados de tantos obstáculos en nuestro quehacer pastoral, olvidadizos de que el camino de Cristo fue el de la Cruz; vayamos al Cenáculo, donde Jesús ha mandado que preparen y adornen el salón para celebrar la Cena de la Pascua. Allí, puestos a la mesa, confundidos y apenados como Pedro, sabiéndonos pobres pecadores, dejémonos lavar los pies por nuestro Maestro y Señor, y atónitos veamos a Cristo Jesús sustituir el Cordero Pascual, símbolo de una liberación pasada, por su cuerpo y por su sangre, signo eficaz de una salvación para nosotros y para todos los hombres. Y en el culmen del asombro tratemos de escuchar bien las palabras del Redentor, cuando nos dice: «hagan esto en memoria mía». Y si la sucesión de acciones y palabras tan sublimes y comprometedoras no nos dan vértigo, caigamos en la cuenta, durante la larga oración sacerdotal de Jesús, que Él ha puesto en nuestras manos la Iglesia y sus sacramentos, porque la Eucaristía es la cumbre de toda la acción sacramental de la Iglesia; la eucaristía es el Cristo de la Cruz y de la Gloria, vivo y presente, y la acción eucarística pende de nuestros labios, de nuestro querer, de nuestra fidelidad, de nuestro amor. Sin Eucaristía no hay Iglesia, ni misión. ¡Qué extraordinaria responsabilidad!

Pero caigan también sobre nosotros como una lluvia fina que empapa la tierra y la hace fértil, como un bálsamo que serena y da vigor, las palabras cargadas de seguridad y unción de Jesús: «En el mundo tendrán tribulación, pero confíen: yo he vencido al mundo»... «no pido que los saques del mundo, sino que los libres del mal»... «santifícalos en la verdad».

Y en medio de esta oración por nosotros, el Señor nos hace un especial envío misionero: «como tú me enviaste al mundo, así yo los envío al mundo» y nos asegura su apoyo incondicional: «yo estaré con ustedes siempre».

Cuando nos sabemos enviados por Cristo, escogidos por Él, sostenidos por su intercesión amorosa ante el Padre, somos capaces de cargar sobre nuestros hombros, aunque pese como una cruz, la misión que Él nos ha confiado desde el día de nuestra ordenación presbiteral: «Mi yugo es llevadero y mi carga, ligera».

Por eso, con ánimo alegre y confiado, repetimos en esta Eucaristía de la Misa Crismal, que es siempre una celebración eminentemente sacerdotal, nuestro compromiso de ser fieles a Cristo hasta la muerte en la misión de presidir y servir al pueblo fiel que Él nos ha confiado.

Que la Virgen María, Madre amorosa de los sacerdotes, nos inspire y ayude en nuestra entrega al Señor.